

Chitarroni, Leandro

Algunos significados originarios y enseñanzas actuales : hermeneútica de la historia de las apariciones de Nuestra Madre de Guadalupe

Revista Teología • Tomo XLVI • N° 100 • Diciembre 2009 :
577-610

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Chitarroni, Leandro, *Algunos significados originarios y enseñanzas actuales : hermeneútica de la historia de las apariciones de Nuestra Madre de Guadalupe* [en línea], *Teología*, 100 (2009)
<<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/revistas/algunos-significados-originarios-y-ensenanzas-actuales.pdf>>

(Se recomienda indicar al finalizar la cita bibliográfica la fecha de consulta entre corchetes. Ej: [consulta: 19 de agosto, 2010]).

ALGUNOS SIGNIFICADOS ORIGINARIOS Y ENSEÑANZAS ACTUALES

Hermenéutica de la historia de las Apariciones de Nuestra Madre de Guadalupe

RESUMEN

Deseamos colaborar a una mejor profundización y aprovechamiento de los tesoros del acontecimiento guadalupano, auténtica posibilidad y modelo para nuestro presente. Al especificar, titular y jerarquizar algunos aspectos de una interpretación inicial sobre el mismo, partiendo de lo anterior, y conversando con su contenido desde nuestros intereses de hoy, completamos esta propuesta hermenéutica. Concretamos, en suma, un recorrido que proporciona criterios para apropiarse de la relevante, vigente y siempre actual dinámica de diálogo, que revela la historia de las apariciones de la Virgen Morena. Busca incentivar, de esta manera, a redescubrir y recrear sagazmente dicha dinámica, con todas sus importantes consecuencias, y con la pedagogía que la subyace y hace posible; para movernos a decisiones prudentiales que, al comenzar el tercer milenio, en cada cultura y situación, nos lleven a vivir más lúcidamente nuestra identidad, acontecer y servicio como Pueblo de Dios. Deseamos favorecer la llegada a existenciales conclusiones que nos guíen, en el contexto de un mundo con muchos y cercanos diferentes unos al lado del otro, hacia la construcción de un mundo auténticamente plural, viviendo una evangelización inculturante e inculturada.

Palabras clave: acontecimiento guadalupano, posibilidad-modelo, diálogo, pedagogía, inculturación, pluralismo.

ABSTRACT

We want to contribute to reach a better knowledge and utilization of the Guadalupan event's treasures which constitutes an authentic model and possibility for today's present. Specifying, titling and hierarchizing some aspects of an initial interpretation, we complete the hermeneutic proposal. In short, we make concrete a way that provides us criteria to obtain the relevant and always current dynamics of the dialog which the history of the Apparitions of the "Virgen Morena" reveals. We seek to stimulate,

to re-discover and to re-create these dynamics with all their consequences and with the sublying pedagogy that makes it possible in order to move into prudential decisions that, in the beginning of the third millenium, lead us to live lucidly our identity and service as People of God in every culture and situation. We want to favor the arrival to existential conclusions that guide us -in the context of a world inhabited by very different people- towards the construction of an authentic and plural new world, in order to live an inculturating and inculturated new evangelization time.

Key Words: Guadalupan event, Possibility-model, Dialog, Pedagogy, Inculturation, Pluralism.

1. Introducción

Vemos en la maternidad, proceder y deseo de Nuestra Madre de Guadalupe, en la obediencia de Juan Diego, y en lo que ambos provocan en los demás receptores de la visita de Ella, una posibilidad y modelo de diálogo, que en cualquier época y sitio puede existencialmente orientarnos a colaborar a la armonía general. Ayudándonos, concretamente, a ser protagonistas de la edificación de un mundo mejor y más feliz, en el cual cada particularidad colectiva o individual pueda disfrutar y poner al servicio lo que es y, en el que como Pueblo de Dios, podamos ofrecer y transmitir mejor a todos los pueblos el único Evangelio. La eficaz pedagogía que nos muestran, y que es causa de lo anterior, anima a extender las raíces del Pueblo de Dios en los diferentes suelos culturales y colabora, de este modo, a diversificar la experiencia cristiana –según las potencialidades de cada uno de ellos– y fecunda, a la vez, las riquezas intrínsecas de dichos suelos al proponerles y propiciar su intercompenetración con Cristo.

2. Al corazón de las culturas y personas, historia de Salvación y pedagogía guadalupana

Explicitamos a continuación, aspectos centrales o neurálgicos de la importancia actual de las apariciones de Nuestra Madre de Guadalupe y de su fuerza o virtud para llegar a los corazones de los pueblos e individuos:

1) Nuestra Señora de Guadalupe nos revela, participa y desafía a encarnar, ayudada por Juan Diego, un modelo de diálogo, a la vez humano y eclesial, sumamente emocionante y fecundo. Al mismo tiempo, esto concreta y manifiesta una admirable pedagogía, es decir, un modo de ver y concebir a los pueblos y a las personas, una finalidad que se persigue y un camino o método transitado para alcanzarla. La profundización de di-

cha pedagogía facilita el análisis, comprensión y vivencia de los hechos que dependen de nosotros, para guiarnos a protagonizar mejores relaciones sociales en general y, puntualmente, a transmitir el misterio inagotable de la Palabra y Persona del Salvador, sin pretender imponer una determinada forma cultural de vivirla y expresarla.

2) En cuanto a dicha forma, Nuestra Madre y su mensajero nos muestran el sendero para encaminar sabiamente nuestro yo ante lo otro y diferente, tanto considerando la problemática en general como el caso específico de nuestra misión eclesial. Nos hacen estar atentos, entonces, a tratar de aumentar nuestra capacidad de mirar bien al otro y a lo ajeno, de entender la diversidad como ocasión de mejoría general, y de fomentar sanas y enriquecedoras vinculaciones de encuentro y mestizaje entre los distintos. Es más: nos hacen saber –desde el compartir y el dejarnos afectar por la existencia y experiencia de los demás– cómo aprender de ella y aprovechar sus aspectos positivos y aún los negativos –sin que entremos en estériles polémicas– para un mayor bien de todos.

3) Hoy que –en contra de pretensiones o indiferencias exclusivistas, excluyentes y/o egoístas de diversos fanatismos– se percibe más intensamente la necesidad de cultivar seres comunitarios y personales amables, estamos llamados a poner al servicio del bien común, creciendo en el diálogo, tal vez como nunca antes en la historia, las afinidades y simpatías que definen nuestras comunidades y personas. Y es por eso que en nuestro presente, urgidos por lo anterior y en concordancia con todo lo explicado, el Acontecimiento Guadalupano es sumamente relevante, pues nos muestra cómo es posible construir una sociedad auténticamente plural y un Pueblo de Dios festivo y multicolor.

3. Acontecimiento guadalupano, ayer, hoy y siempre

Entendemos por acontecimiento guadalupano:

1) Los hechos iniciales de la visita de Nuestra Madre de Guadalupe ocurridos entre el 9 y 12 de diciembre de 1531 en México, como así también sus consecuencias inmediatas y permanentes (en cuanto siguen ocurriendo). La obra literaria *Nican mopohua*,¹ de la cual explicitaremos bre-

1. En castellano significa "Aquí se narra". Cf. M. ROJAS SÁNCHEZ (trad.), *Nican mopohua*, México, Desingn & Digital Print, 2001, 5. El indio Don Antonio Valeriano es el autor de dicha obra, au-

vemente algunos de sus significados originarios, estructurándolos, es considerada su más autorizada descripción en escritura fonética. Su texto presenta la visión indígena de esos sucesos fundantes y trascendentes, la historia de las revolucionarias apariciones de la Virgen Morena, que reinterpretando lo prehispánico y lo europeo lo pusieron en diálogo y al servicio de un horizonte común.

2) La prolongación y viva duración de esa visita y de sus consecuencias, en forma permanente y hasta nuestros días, a través de su Sagrada Imagen en la tilma o manto de Juan Diego, y de diversas manifestaciones y expresiones de devoción y religiosidad popular encarnadas por sus mensajeros o “*Juan Diegos*” de hoy. Es así un acontecimiento vigente, que continúa reproduciéndose, con toda su fuerza, para hacer convivir y hermanar a pueblos y personas diferentes, aún hasta a los aparentemente antagónicos e incompatibles –no sin integración sino, por el contrario, como una síntesis orgánica, a la vez activa y estabilizada, fruto del encuentro y reencuentro profundo de las culturas, respetadas en su relativa autonomía, con Cristo y entre sí.²

3) Es sumamente impactante comprobar –y lo hemos podido experimentar por pura gracia– cómo Nuestra Señora de Guadalupe, ayudada por sus millones de “*Juan Diegos*”, contagia, comparte y prolonga esa dinámica –que desarrollaremos– de afirmación propia en la apertura al diferente,

téntica joya literaria y verdadera historia. Para mayor información sobre los problemas de autoría, género literario y estructura del *Nican mopohua* –cuestiones que si bien dejamos para próximo artículo, tenemos en cuenta al confeccionar el presente –y la hermenéutica que nos propone, cf. L. CHITARRONI, *El modelo pedagógico de Nuestra Señora de Guadalupe en el Nican mopohua*, Córdoba, Edición del autor, 2003, 89-161. Para fuentes, mayores fundamentos y aspectos del sentido de dicho relato en su contexto originario, o de la apropiación que proponemos, cf. CHITARRONI, *El modelo pedagógico*, 163-273. La mencionada publicación es una Tesis Doctoral en Educación, dirigida por la Dra. Margarita Schweizer, por entonces Vicerrectora de la Universidad Católica de Córdoba y por Monseñor José Luis Guerrero Rosado, Vicepostulador de la causa de canonización de San Juan Diego *Cuahtlatatzin*. Defendida en la Universidad Católica de Santa Fe el 18 de octubre de 2003 y publicada en el mismo año (agotada). Se puede acceder a su texto completo, a cuadros y resúmenes, así como a diversas propuestas e implementaciones en el sitio oficial de Internet de la Insigne y Nacional Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe de México: www.virgendeguadalupe.org.mx/apariciones/pedagogia/presentacion.htm. Esta obra, ha sido incluida, por su carácter y relevancia científica, en el primer Registro Nacional de Investigaciones Educativas del Ministerio de Educación de la República Argentina, y aprobada en forma de Jornada por el Consejo General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, para capacitar a los docentes de gestión estatal y privada: www.virgendeguadalupe.org.mx/apariciones/pedagogia/jornada_index.htm). Ver en el mismo sitio algunas producciones de difusión y plegaria surgidas de esa pedagogía guadalupana.

2. Para encontrar fundamentos sociológicos sobre la actualidad y vigencia del acontecimiento; cf. L. CHITARRONI, *El Acontecimiento Guadalupeño hecho vida y oración: Sugerencias para una novela*, San Nicolás, Edición del autor, 2007, 29, 34 y 35. En adelante, L. CHITARRONI, *El Acontecimiento*.

y por su mediación. En el vínculo con Ella y ellos, y en la oración sin duda, superando y consumando estudios, explicaciones y conceptos, Dios nos puede regalar la fuerza para protagonizar, cada vez mejor, acontecimientos animados por esa potencia de crecimiento compartido e inclusión.

3.1. Las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe, de la incompreensión al encuentro entre pueblos diferentes

“Aquí se cuenta, se ordena, cómo hace poco, milagrosamente se apareció la Perfecta Virgen Santa María Madre de Dios, Nuestra Reina, allá en el Tepeyac [, literalmente, ‘en la nariz del cerro, al extremo de la cordillera’. Es un montecito al norte de la ciudad de México], de renombre Guadalupe. Primero se hizo ver de un indito, su nombre Juan Diego; y después se apareció su Preciosa Imagen delante del reciente Obispo Don Fray Juan de Zumárraga. Diez años después de conquistada la ciudad de México, cuando ya estaban depuestas las flechas, los escudos, cuando por todas partes había paz en los pueblos, así como brotó, ya verdece, ya abre su corola la fe, el conocimiento de Aquél por quien se vive: el verdadero Dios.”³

Los españoles pensaban que los indios o pueblos originarios de América, se hallaban en poder del demonio e infectados por su perversa e idolátrica religión y, consecuentemente, buscaban o convertirlos, sustituyendo sus creencias, o exterminarlos, si no lograban dicha conversión.⁴ Es más, consideraban los evangelizadores que, arrebatándoles, destruyendo y eliminando su cultura y religión, e imponiéndoles la propia, no los despojaban, sino que los salvaban y enriquecían.⁵

3. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, introducción y versículos 1 y 2. Con respecto a las citas del *Nican mopohua*, aclaramos que lo que se presente entre corchetes son resúmenes del mismo que confeccionamos a los efectos de este artículo, tomando y respetando los núcleos o acciones principales del relato. Citamos sí, casi literalmente, las otras partes, aunque con algunos arreglos y cambios de puntuación. Por estas leves adaptaciones, que no afectan nunca el sentido originario del relato, pero que hemos considerado necesarias para esta revista, en todos los casos remitimos a la fuente con confrontar (cf.).

4. Aclaramos explícitamente que utilizamos los términos “indio” e “indígena”, para referirnos a lo que tiene su origen en América, y sin ninguna connotación peyorativa.

5. Simplificando mucho, y para lo que ahora nos importa, consideramos que cultura es el peculiar estilo, talante o modo de ser común, que identifica la totalidad de la vida colectiva de un pueblo, en las diversas dimensiones de su existencia. La religión es una de esas dimensiones; aquella en la que se plantean e intentan respuestas sobre los interrogantes profundos del origen, destino y peregrinar, y que es la más integradora y la que subyace a todas las demás. Si interesara ahondar en esos dos conceptos, como así también en otros fundamentos provenientes de la Filosofía de la Cultura, que sustentan lo que afirmamos en este artículo; y, además, en el enraizamiento y articulación de esto último, con el contenido de diferentes disciplinas teológicas, cf. CHITTARRONI, *El Acontecimiento*, 16-36, texto principal y notas al pie.

De hecho, dicha intransigencia provocaba que los indígenas vivieran un tiempo de temor y de paz mortal, de desorientación y sin sentido. Se sentían huérfanos sobrenaturales, y ese sentimiento los sumía en el caos total, al cuestionarse el valor de lo que a lo largo de su existencia siempre habían sido y vivido. Es que ellos nunca habían pretendido tal exclusivismo en tiempos prehispánicos, pues, incluso, en su mundo, de haber un pueblo vencedor, siempre preservaba y conservaba también las creencias del sometido y vencido.

En ese preciso momento, la oportunísima y providencial visita de Nuestra Señora de Guadalupe, sin herir la sensibilidad de ese exclusivista catolicismo español, que no aceptaba nada que no fuera su modo específico de entender, expresar y practicar la religión, y adaptándose perfectamente al pluralismo indio -que admitía cambios, crecimiento y aportes de otros en lo religioso, aunque con la condición de que se conservara lo anterior-, devolvió la fe y la vida a los indios, haciendo germinar lo que estaba latente en su piedad y cultura y, al mismo tiempo, fecundó los mejores deseos y esfuerzos de los misioneros europeos.

Por ser muy fieles, y con buena voluntad, unos buscaban sustituir y otros conservar la religión prehispánica; el milagro de la Madre, en atención a dos pueblos heroicos, solucionó lo humanamente imposible y los unió, transformándose Ella misma, en el punto y lugar de coincidencia y encuentro. Nuestra Señora de Guadalupe, integra en sí misma y hace unir con su intervención sus modos de ser y fidelidades, sus consecuentes conductas y cosmovisiones, que no podían dejar de desencontrarse. Ella, milagrosamente, conciliando lo antiguo de cada uno con la novedad que le presentaba el otro, hizo que americanos y europeos, de modo diferente, pero en la continuidad, mezcla, fusión y consumación de sus creencias previas, vieran en Ella a la Madre de su Dios de siempre y de todos los seres humanos.

La Señora se aparece en el cerro del *Tepeyac*, sitio donde ancestralmente los indios habían venerado a esa mujer tan especial. Y lo hace, pleneificando y poniendo al servicio de su manifestación y del anuncio del Evangelio, los positivos sentidos maternos prehispánicos que implicaba ese lugar; sentidos muy valiosos, ya presentes entonces en estas tierras, antes de la llegada del cristianismo. Los europeos también reconocieron en Nuestra Señora de Guadalupe a la Madre por excelencia. Vieron en Ella a la Inmaculada, a la Mujer descrita por el libro del Apocalipsis, y luego también, al conocer su nombre, a la que se llamaba igual que la Pa-

trona de Extremadura, que era la patria de Cortés y de la mayoría de los conquistadores.

Todavía hoy, esa mismísima Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, continúa aparecida en el *Tepeyac*, arrobando los corazones de los mexicanos y de peregrinos de todas las nacionalidades. Y así, en la actualidad, Ella sigue admirando y respondiendo, escuchando y generando plegarias, suscitando Evangelio encarnado o vida hecha Buena Noticia, y desafiando a buscar un mundo más fraterno y feliz.

3.2. *Los indios, colapso cultural y feliz reconciliación con la propia historia*

“[Un día sábado, de madrugada, Juan Diego venía en pos de Dios y sus mandatos. Al llegar cerca del Tepeyac ya amanecía. Oyó muy deleitosos y suaves cantos, que provenían de dicho cerrito, como de muchos pájaros finos. Al cesar dichos cantos, como que les respondía el Tepeyac.] Se detuvo a ver Juan Diego. Se dijo: ¿Por ventura soy digno, soy merecedor de lo que oigo? ¿Quizá nomás lo estoy soñando? ¿Quizá solamente lo veo como entre sueños? ¿Dónde estoy? ¿Dónde me veo? ¿Acaso allá donde dejaron dicho los antiguos nuestros antepasados, nuestros abuelos: en la tierra de las flores, en la tierra del maíz, de nuestra carne, de nuestro sustento; acaso en la tierra celestial? Hacia allá estaba viendo arriba del cerrillo, del lado de donde sale el sol, de donde procedía el precioso canto celestial. Y cuando cesó de pronto el canto, cuando dejó de oírse, entonces oyó que lo llamaban, de arriba del cerrito, le decían: ‘JUANITO, JUAN DIEGUITO’. Luego se atrevió a ir a donde lo llamaban; ninguna turbación pasaba en su corazón ni ninguna cosa lo alteraba, antes bien se sentía alegre y contento por todo extremo; fue a subir al cerrillo para ir a ver de dónde lo llamaban. Y cuando llegó a la cumbre del cerrillo, cuando lo vió una Doncella que allí estaba de pie, lo llamó para que fuera cerca de Ella. [Juan Diego admiró la perfecta grandeza de la Doncella, se postró y escuchó su palabra, que era como de quien lo atraía y estimaba mucho]”.⁶

Nuestra Señora de Guadalupe se manifiesta escuchando y respondiendo desde el peculiar ser, lugar y situación de todos sus interlocutores. Incluso antes de llamar a Juan Diego y de invitarlo a ir cerca de Ella, ya le ha hablado y ha dialogado con él por medio del ambiente, presentando al *Tepeyac* como la plenitud y respuesta de todo lo anhelado por los de su raza. A tal punto que, con anterioridad a escuchar su palabra y a verla, el indio, que andaba buscando las cosas de Dios, en un tiempo de tristeza y

6. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 3-22.

de muerte para su gente; sin futuro ni para ellos, ni para el cosmos, por la pretensión española de sustituirle sus creencias, costumbres y prácticas prehispánicas, se pregunta lleno de alegría e interpretando desde todo lo que le han enseñado sus abuelos, si no ha llegado al cielo, al lugar de la vida y felicidad sin fin.

En ese momento, el más traumático de la historia de su pueblo, desde la sabiduría ancestral de su cultura, al escuchar el canto de pájaros finos –canto que era equivalente, según esa sapiencia, a voz divina –se da cuenta con claridad de que está ante el comienzo de algo verdadero y fecundo. Que está presenciando el inicio de una realidad fundamental, de un período de salvación, principio y origen de un mundo y de una sociedad nueva.

Al escuchar que lo llaman “*Juantzin, Juan Diegotzin*” (“*Juanito, Juan Dieguito*”), comprende inmediatamente que lo hace una mujer –en náhuatl el vocativo termina distinto según el sexo del que habla–, que es cristiana –utiliza su nombre de bautismo–, que lo quiere y estima mucho –emplea la terminación con el diminutivo, que connota para el indígena reverencia e inmenso cariño y, de ningún modo, menosprecio–.

Es por todo lo anterior, que el llamado de Nuestra Madre de Guadalupe, le resulta sumamente atrayente, dignificante, y lo alegra al extremo. Siente claramente que su fe cristiana ya no implica contradicción, ni ruptura con sus raíces culturales y religiosas, sino reafirmación y enriquecimiento tanto de ellas –a las que no tiene necesidad de renunciar por el hecho de haber sido bautizado– como de las mismas personas de sus antepasados. El acontecimiento que comienza a protagonizar lo reafirma no sólo como cristiano, sino también como indio mexicano.

Y a la luz de este hecho guadalupano, todos los pueblos que ya estaban en México desde antes de la llegada del Europeo, encontraron la posibilidad de seguir adelante, releyendo con mayor profundidad sus tradiciones, en esos nuevos y desconcertantes tiempos que vivían. Desconcertantes para los aztecas que habían sido derrotados por los españoles, y también, para las tribus indias vencedoras, que se habían aliado a los recién llegados en la lucha. Es que todos los indígenas, los de uno y otro bando, consideraban que habían peleado por fidelidad a su dios; y como resultado, experimentaban que él incomprensiblemente los abandonaba en manos de los europeos, a sus destructoras iniciativas para eliminarles toda su religión de siempre.

De este modo, vivían un tiempo de temor y de paz mortal, y a medida que pasaban los años de la caída definitiva de la capital azteca en ma-

nos españolas, ocurrida el 13 de agosto de 1521, se acentuaba aún más la desorientación, ante la evidencia de que el dios sol seguía saliendo, sin que ellos lo estuvieran alimentando con los sacrificios humanos. Pero Nuestra Señora de Guadalupe, al mismo tiempo que los reconcilió con su pasado, suscitó su evolución, y los hizo revivir y ver distinto el presente, al ponerle sentido y palabra. Como consecuencia y de esta forma, Ella los llenó así de una paz de vida y, librándolos de la orfandad y el caos existencial, los abrió al futuro.

De este modo, también entendieron los indígenas –gracias al acontecimiento guadalupano, en esa continuidad y superación de lo anterior, de la herencia recibida de sus padres y abuelos– que ellos ya no tenían que ofrecer físicamente sangre humana, propia o ajena, para sostener el equilibrio y la existencia del universo; comprendieron que, para la salvación o supervivencia del todo, ya había derramado la suya Jesucristo en la Cruz.

3.3. *Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de Dios y Madre Nuestra*

“[La Doncella dialoga con Juan Diego, y después de preguntarle a dónde se dirigía y de escuchar su respuesta, le] dice: ‘Sábelo, ten por cierto hijo mío, el más pequeño, que yo soy la Perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del Verdaderísimo Dios por quien se vive, el creador de las personas, el dueño de la cercanía y de la intermediación, el dueño del cielo, el dueño de la tierra. Mucho quiero, mucho deseo que aquí me levanten mi casita sagrada; en donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto. Lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación. Porque yo en verdad soy vuestra madre compasiva, tuya y de todos los hombres que en esta tierra estáis en uno, y de las demás variadas estirpes de hombres, mis amadores, los que a mí clamen, los que me busquen, los que confíen en mí, porque ahí les escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores. Y para realizar lo que pretende mi compasiva mirada misericordiosa, anda al palacio del Obispo de México, y le dirás cómo yo te envío, para que le descubras cómo mucho deseo que aquí me provea de una casa, me erija en el llano mi templo; todo le contarás, cuanto has visto y admirado, y lo que has oído.’ [Y Ella, a continuación, promete agradecer y glorificar a Juan Diego por este servicio, que él inmediatamente sale a concretar].”⁷

Nuestra Señora de Guadalupe, con gran ternura y autoridad, establece una presencia divina y divinizante. Se revela a Juan Diego como la Madre compasiva del verdaderísimo Dios, de él y de todas las mujeres y los

7. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 23-39.

hombres, sin excepción. Tanto al anunciar su maternidad divina como la humana, enaltece a todos sus hijos, dando a entender que es para Ella una gran dicha y privilegio, por el cual se siente muy honrada y agradecida.

Toda la persona, comportamiento y palabras de la Señora del *Tepeyac* son amorosamente incluyentes. Judía de nacimiento, asume en Ella lo mejor del ser de los indios mexicanos –que tienen en sí todo el aporte de lo que hoy llamamos lejano Oriente, de donde provenían–, y del ser de los españoles –crisol, por su historia, de la herencia de Occidente, y de lo que actualmente denominamos Oriente medio y próximo–. Comprendemos hoy, que el nombre que se dará a sí misma, simultáneamente con una delicadeza con los europeos,⁸ es otro aspecto que manifiesta su identidad y maternidad universal. Es que se identificará con un título árabe, “*Wadi al Lub*” o río de grava negra, evitando hacerlo con uno exclusivamente náhuatl o español, y, por lo tanto, menos adecuado para designar a alguien que es síntesis y Madre de la entera humanidad, y no sólo de los habitantes de México. Sus gestos y mensaje muestran, eso sí, que a la vez que es cristiana, conoce y hace propia tanto la cultura en general como el saber religioso en particular, de cada uno de sus interlocutores.

Así, inmediatamente hace comprender a Juan Diego que su Madre, Ella en persona, les traía a Aquél al que en toda su historia habían adorado, al arraigadísimo o verdaderísimo Dios de sus ancestros, que era el mismo que el de los cristianos. Para lograr lo anterior, Ella acepta, aprovecha y hace crecer, denominaciones y conceptos sobre dios de la América prehispanica, para con su mediación nombrar al fruto bendito de su vientre. Pero utiliza precisamente aquellos títulos cuyo sentido se aproxima al de la concepción cristiana del único eterno y que, por lo tanto, no sonaron mal a oídos europeos. Oídos, que de ningún modo pudieron captar la explicitada identificación y referencia que sí llenó de felicidad a los indios.

Cuánta alegría y consuelo para los mexicanos saber que Jesucristo, el Hijo de la Muchachita que los visitaba, era el “*Señor del cerca y del junto*”, el “*Causante de toda vida*”, el “*Creador de todos*” y el “*Dueño del Cielo y de la Tierra*”; es decir, su Dios de siempre y tan cercano, artífice pleno y sustentador de todo lo bello y precioso, y a quien sus padres y abuelos habían fielmente obedecido y seguido.

La Virgencita del *Tepeyac* habla y comunica su anuncio utilizando la

8. Cf. infra, subtítulo “*Las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe, de la incompreensión al encuentro entre pueblos diferentes*”.

lengua del indio, de su enviado, que la identifica y trata como a una mujer noble de su sociedad. La maternidad y palabras de Nuestra Señora de Guadalupe, muy afectuosas y amables, son a la vez y precisamente por eso mismo, de sumo imperio. De este modo, la Reina del Cielo a la vez protege y conduce, contiene y desafía, suscitando al mismo tiempo que veneración y amor, el respeto y movimiento obediente de Juan Diego y de los demás protagonistas del acontecimiento que Ella inicia. Así, iremos comprobando con el correr de los hechos, cómo un par de personas son sus mensajeros, y una el primer destinatario de su pedido; y cómo luego, algunos se ofrecerán para edificar la ermita que la Virgen solicita y, finalmente, la totalidad de los habitantes de la ciudad, sin faltar nadie, irán a admirarla, a estar con Ella y a formar parte de su acontecimiento.

En concordancia con lo expresado, y revelándose también como creatura y sometiendo a la autoridad de su Hijo en el obispo, lo envía y manda a Juan Diego a solicitarle a él la construcción de un templo aseQUIBLE, en el llano. Es decir, a solicitar la edificación de un pueblo muy solícito y disponible, para poder Ella mostrar a su Primogénito a los otros hijos. Un templo o pueblo, al que todos puedan entrar y pertenecer, para manifestar y dar su Amor. Ese Amor que es el mismo Jesús, que hace que Ella nos mire con compasión, ternura y misericordia, nos auxilie y medie la generosa salvación, poniéndola al alcance de todos los seres humanos.

3.4. Semicierra: metodología viva y eficaz

La metodología se basa en la respuesta global y contextualizada de Nuestra Madre y en el surgimiento de acciones obedientes y compartidas progresivamente hasta generalizarse, que provocarán el enriquecimiento mutuo de tradiciones y experiencias previas de orden religioso. Es particularmente asombroso e impensado para ese tiempo cómo Ella se apropia, haciéndolos integrar y crecer, de símbolos de esa dimensión y de ambos pueblos; de modo sencillo para todos, claro y arraigado para los mexicanos y aceptable para el excluyente catolicismo ibérico. Así, como miembro supereminente del Pueblo de Dios, incultura doblemente el evangelio, y el lugar dado a los demás, a toda la gente, es la clave para que esa inculturación surja, se retroalimente y profundice e, incluso, se prolongue en diversas modalidades hasta nuestros días.⁹

9. María, totalmente unida a Cristo, es miembro eminente y único de la Iglesia, el primero, principal y más excelente. Por ser Ella una persona fuera de serie, lo que se dice universalmente

De este modo, Ella se deja interpelar por el mundo propio y afinidades de sus interlocutores, y logra que su mensaje, presentado desde aquellos, llegue a formar parte de los mismos. Asume, integra y plenifica, por sobredeterminación, códigos y sentidos previos de los otros protagonistas del acontecimiento, utilizando palabras, gestos y ambientes adecuados, que se constituyen en un discurso global, entendible y muy significativo, abierto a los diferentes, y no fundamentalista. Así, concreta una intervención o palabra total que, sin embargo, al mismo tiempo que afirma condiciones culturales, las corrige, las mezcla, y guía a superarlas positiva y protagónicamente.

En lo que sigue, culminaremos de mostrar el perfil de evangelizador encarnado por Nuestra Madre, que Ella nos anima a vivir.¹⁰ Quiera Dios que colabore a que la Virgen que mestiza a la humanidad toda –a la vez mexicana y universal –y sus mensajeros, nos contagien o impregnen ese modo de hacerse presente y de actuar, que superó todas las actitudes terrenas de hace casi V siglos; modo que recién comenzamos a comprender, y que Juan Pablo II nos propuso como modelo para ser Pueblo de Dios.¹¹

de todo el Pueblo de Dios se aplica a la Virgencita especialmente e, individualmente o singularmente, sin connotar particular excelencia, al resto de cada uno de sus miembros. *“Mientras que la Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga (Cf. Eph 5, 27), los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos. La Iglesia, meditando piadosamente sobre ella y contemplándola en la luz del Verbo hecho hombre, llena de reverencia, entra más a fondo en el soberano misterio de la encarnación y se asemeja cada día más a su Esposo [...] Por eso también la Iglesia, en su labor apostólica, se fija con razón en aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres”* (LG 65). Por todo lo anterior, mucho puede aportar entonces la contemplación de Nuestra Madre, tanto a nivel comunitario como personal, a la hora de vivir, transmitir y dejarnos educar en la vida cristiana. Cf. BEATO ISAAC, abad del monasterio de *Stella*, *Sermón 51*, en CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA (Comisión Episcopal de Culto), *Liturgia de las horas según el rito romano*, 4 t., Mallorca, Regina, 1987, t. I, 119 y 120 (remite a *PL 194, 1862-1863.1865*). En adelante citado como CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Liturgia*) y, HENRI DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Pamplona, Desclée de Brouwer, 19644 (Colección “Veritas et Justitia”), 310-312.

10. Cf. *DP* 290.

11. Cf. *Ecclesia in America* 11 y 70.

4. Para identificarnos con lo mejor, caracterización de los protagonistas del acontecimiento

Presentamos ahora unas breves y esenciales precisiones sobre las funciones que asumen los pueblos y las personas que intervienen en esta apasionante historia, para animar a identificarnos con lo bueno de cada uno de ellos a nivel de su proceder, comunicación y deseo:

- 1) Nuestra Señora de Guadalupe es la principal protagonista: su intervención es la que desencadena el cambio de la situación inicial. En su anhelo de que todos sus hijos sean felices, Ella es ayudada –aunque de distinto modo en cada caso– por sus colaboradores y enviados indios: Juan Diego y su tío Juan Bernardino. También, luego de que Nuestra Madre se estampara o pintara en la tilma de Juan Diego –acontecimiento cumbre que modifica sustancialmente la sucesión de los hechos– es ayudada por el primer destinatario del testimonio de los dos videntes y enviados, el obispo Juan de Zumárraga y, además, por los cercanos y los servidores del prelado. Hasta que tuvo lugar ese acontecimiento, todos los europeos habían sido oponentes –y aquellos últimos, además, con una cuota de agresividad, no presente en el obispo. Finalmente colaborará a la realización del deseo de la Reina del Cielo, desde aquel momento y hasta hoy, todo el pueblo peregrino hacia su Imagen o su Persona; un nuevo pueblo siempre creciente y educado por Ella.
- 2) Atentos al espíritu de su desempeño, podemos identificar a la Madre con el amor compasivo y atrayente; a Juan Diego con una obediencia reflexiva; a su tío como testigo calificador. A fray Zumárraga, con la cautela desconfiada y la fe activa y entusiasta; y a sus cercanos y ayudantes, con el trato altanero y el perseguir hipócrita o el acompañar respetuoso y generoso, según consideremos a los europeos, antes o después del ya mencionado suceso cumbre, bisagra de la historia.
- 3) Destacamos que ya desde el inicio de su visita, cambiando la visión que Juan Diego tenía de sí y de su circunstancia, la Amada Niña Celestial transforma sus momentos de tristeza en felicidad, y que, de cada vez que están juntos, el indio sale con decisión a cumplir con lo que Ella le pide. Sale su mensajero, pleno

y fortalecido para realizar la misión de solicitar un templo o edificar un pueblo.¹² Este movimiento personal de Juan Diego es el origen de la vida que ambos (Ella y él) participarán, transmitirán a los demás: en aquel momento, hasta causar el caminar creyente de todos los habitantes de la ciudad de México y, en nuestra actualidad, provocando de este modo también que todos los que lleguemos a formar parte del acontecimiento guadalupano –al estar con Nuestra Madre de Guadalupe o al tener noticias del mismo– seamos impulsados a revivirlo con nuestras actitudes y, consecuentemente, podamos transitar y construir más fraternalmente la historia, caminando con más gozo en nuestra vida.

4.1. *San Juan Diego, embajador muy digno de confianza*

“[Juan Diego fue entonces a realizar el pedido de la Señora, después de esperar largo rato, vio al obispo y le contó todo. El prelado no tuvo por cierta su palabra y el indio se fue triste. Al volver a la cumbre del Tepeyac, la Reina del Cielo lo estaba esperando. El se postró, le refirió todo lo sucedido y le pidió lo dispensara de ser su mensajero; pero Ella le respondió:] ‘Escucha, el más pequeño de mis hijos, ten por cierto que no son escasos mis servidores, mis mensajeros, a quienes encargué que lleven mi aliento, mi palabra, para que efectúen mi voluntad; pero es muy necesario que tú, personalmente vayas, ruegues que por tu intercesión se realice, se lleve a efecto mi querer, mi voluntad. Y mucho te ruego, hijo mío el menor, y con rigor te mando, que otra vez vayas mañana a ver al Obispo, y de mi parte hazle saber, hazle oír mi querer, mi voluntad, para que realice, haga mi templo que le pido, y bien, de nuevo dile de qué modo yo, personalmente, la Siempre Virgen Santa María, yo, que soy la Madre de Dios, te mando’. [Juan Diego le respondió que tal vez no lo fuera a escuchar, o, que si lo llegara a escuchar, quizá no le creería; pero que aún así, obedecería otra vez lo que le mandaba, y que iría a poner en obra la voluntad de Ella]”.¹³

Juan Diego no hablaba español y, al momento de producirse las apariciones, era un hombre maduro, de 57 años de edad. Ya viudo, fallecida su esposa María Lucía *Malintzin*, había pasado toda su vida en el regazo de la antigua cultura y religión mexicana. Su nombre indígena, *Cuaubhtla-toatzin* o “*águila que habla*”, hace referencia a aquel que explica la sabi-

12. Cf. *infra*, subtítulo “*Los indios, colapso cultural y feliz reconciliación con la propia historia*” y ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 13, 38, 39, 63-67 y 143-146.

13. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 40-67.

duría de Dios y la de su pueblo, pues el águila era el símbolo del dios sol y del pueblo del sol. Había pasado toda su vida cobijado en la antigua cultura y religión mexicana. Aún durante su vida terrena, los indios acudían a su intercesión, ya que lo consideraron y estimaron como alguien ejemplar, con cualidades muy apreciadas en su mundo, tales como el ser humilde, pacífico, cuerdo y celoso en las costumbres, misericordioso y compasivo, amigo de todos y temeroso de Dios.

Muy probablemente haya sido un príncipe indio, aunque de esto no tenemos certeza. Según la historia de las apariciones y otra fuentes, sabemos sí que era propietario de casas y tierras que había heredado de sus antepasados, lo cual era indicio de condición noble. De todos modos, el *Nican mopohua* enfatiza su pobreza, y a tal punto que, antes del milagro, anda solo y debe esperar para ser atendido. Así, el relato lo muestra entonces como un “*macehual*” –hombre del pueblo. Esta condición coincide exactamente con el destino que tuvo la nobleza –a la que él pertenecía– de las tribus indias que lucharon contra los aztecas aliándose a los españoles. Nobleza que, luego de alcanzada la victoria, fue traicionada por los europeos. Ciertamente entonces es Juan Diego, al momento de las apariciones, más dolorosamente pobre que si siempre hubiera sido pobre.

El mensajero nunca duda de lo que le dice Nuestra Señora de Guadalupe y, aún a riesgo de su propia vida, intenta siempre seguir su mandato. Y en verdad ponía su vida en juego, pues era muy posible que se lo acusara o condenara de idolatría, al solicitar la construcción de una Casita Sagrada en nombre de la Madre de Dios y Madre Nuestra, en el preciso sitio en el que los españoles habían destruido un templo prehispánico dedicado a Ella.¹⁴ A pesar de dicho riesgo, realiza lo que la Señora le pide y va a entrevistarse con el obispo Zumárraga. Éste no le cree y el indio, herido por eso en la fina sensibilidad propia de los de su raza, ante el fracaso inicial en su misión porque no se da crédito a su palabra, resulta totalmente abatido, sumamente triste porque no ha logrado, a pesar de todo su esfuerzo, lo que la Niña deseaba.

De regreso al *Tepeyac* la Virgencita, que lo estaba esperando, escucha su súplica: visto lo sucedido en su primer encuentro con el obispo, le pide que envíe a solicitar la construcción del templo a un mensajero más creíble para el español. Y cuando Juan Diego hace esta propuesta a la

14. BERNARDINO SAHAGÚN, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, México, Porrúa, 1999¹⁰ (Colección “Sepan Cuantos...”, n. 300) Libro XI, Apéndice, 704 y 705.

amada Muchachita –como en otros momentos a lo largo de la historia de las apariciones– en ningún caso protesta por lo que le toca padecer, ni habla mal de Zumárraga o de sus ayudantes. Es destacable además, que al hacer dicha sugerencia, como siempre, piensa más en los intereses de Nuestra Señora de Guadalupe que en él mismo.

Al escuchar ese pedido de Juan Diego, leemos hoy cómo Ella, con mucha dulzura y también con gran firmeza, lo confirma como su embajador muy digno de confianza. Él, una vez más, obedecerá gustoso el mandato de la Reina del Cielo.

4.2. *El obispo Zumárraga, sus ayudantes y españoles en general, celoso pastor y prejuicioso hostigamiento*

“[Al día siguiente, domingo, temprano salió Juan Diego para, antes que nada, ir a misa, y, luego, ir a ver al obispo. Con mucho trabajo otra vez lo vio, a sus pies se hincó y lloró al hablarle. El obispo muchísimas cosas le preguntó, y luego de que el indio bien las contestara, le dijo que era muy necesaria alguna señal, por encima de su palabra, para poder creerle que él era enviado por la Señora del Cielo en persona.] Tan pronto como lo oyó Juan Diego, le dijo al Obispo: ‘Señor Gobernante, considera cuál sería la señal que pides, porque luego iré a pedírsela a la Reina del Cielo que me envió’. Y habiendo visto el Obispo que ratificaba, que en nada vacilaba ni dudaba, luego lo despacha. Y en cuanto se viene, luego les manda a algunos de los de su casa en los que tenía absoluta confianza, que lo vinieran siguiendo, que bien lo observaran a dónde iba, a quién veía, con quién hablaba. Y así se hizo. Y Juan Diego luego se vino derecho. Siguió la calzada, y los que lo seguían, donde sale la barranca cerca del Tepeyac, en el puente de madera lo vinieron a perder. Y aunque por todas partes buscaron, ya por ninguna lo vieron. Y así se volvieron. No sólo porque con ello se fastidiaron grandemente, sino también porque les impidió su intento, los hizo enojar. Así le fueron a contar al Señor Obispo, le metieron en la cabeza que no le creyera, le dijeron cómo nomás le contaba mentiras, que nada más inventaba lo que venía a decirle, o que sólo soñaba o imaginaba lo que le decía, lo que le pedía. Y bien así lo determinaron que si otra vez venía, regresaba, allí lo agarrarían, y fuertemente lo castigarían, para que ya no volviera a decir mentiras ni a alborotar a la gente.

Entre tanto, Juan Diego estaba con la Santísima Virgen, diciéndole la respuesta que traía del Señor Obispo; la que, oída por la Señora, le dijo: ‘Bien está, hijito mío, volverás aquí mañana para que lleves al Obispo la señal que te ha pedido; con esto te creará y acerca de esto ya no dudará ni de ti sospechará. Y sábetelo, hijito mío, que yo te pagaré tu cuidado y el trabajo y cansancio que por mí has emprendido; *ea, vete ahora, que mañana aquí te aguardo*’¹⁵

15. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 68-93.

Fray Juan de Zumárraga, vasco que no hablaba el idioma materno de Juan Diego, trabajó y rezó esforzada e incansablemente por la felicidad de todos los fieles, proporcionándoles los sacramentos, y colaborando en la concreción de diversas iniciativas que mejoraran las condiciones de vida de los naturales de América. Nombrado por el monarca español “*Protector de Indios*” en 1528, hombre de virtud, humilde y honesto, sustentaba su actividad en su vigoroso y violento carácter, y a veces era, incluso, sumamente duro al realizar sus tareas de padre y pastor. El 27 de agosto de 1529, seriamente angustiado por la carga, ante la difícil circunstancia que se vivía en México, había escrito al rey y emperador Carlos V que sólo un remedio provisto por la mano misma de Dios salvaría a esta tierra. Remedio o intervención por la cual el fraile suplicaba, ante la oscuridad y los insuperables obstáculos de todo orden.

En el momento de las apariciones ya había sido nombrado obispo, aunque fue consagrado como tal recién en abril de 1533. Era muy poco afecto a una espiritualidad mediada por las imágenes y devociones populares, y se opuso férreamente a la religión prehispánica. En sus decisiones fue muy escrupuloso, y hasta severo, a la hora de defender lo que entendía como doctrina ortodoxa. Por todo lo anterior, había en la ciudad de México otras personas, que habrían sido más accesibles –y con mayor poder concreto a la hora de materializarlo– a recibir un pedido como el que el mensajero del *Tepeyac* era enviado a hacerle. Pero ninguno de esos otros personajes era como Zumárraga, a los ojos de María Santísima, el representante de Cristo en este lugar.

En su primera entrevista con Juan Diego, el obispo rechazó la solicitud que aquél, indio recién converso y por eso mismo sospechoso para los europeos, le hizo en nombre de Nuestra Señora de Guadalupe. En la segunda entrevista vemos que, ante la insistencia del embajador de la Virgencita, examinó al indio con rigor, y aunque no pudo encontrar nada que lo descalificara, le mencionó la necesidad de una señal que acreditara su palabra. “*Una señal para poder creer que a él lo enviaba personalmente la Madre de Dios*”. Por último, al asumir Juan Diego esta exigencia, no dejó de dudar de él.

Zumárraga –que era Inquisidor– al interrogarlo procede con apego al modo de operar de los tribunales inquisitoriales de la época, es decir, buscando en todo momento el error del examinado. Lo hace, además, siguiendo las normas de la Iglesia aún vigentes, en cuanto al discernimiento de posibles apariciones: considerarlas falsas e impugnarlas hasta que se

demuestre lo contrario. Por otra parte, en ese momento era muy necesario respetar estas dos normas, pues las historias de intervenciones sobrenaturales abundaban, tanto de parte de los españoles como de los indígenas, con la pretensión de humillar y aplastar a los del bando contrario.

Así, al despedir al vidente de la Madre Celestial, el obispo manda a algunos de su absoluta confianza a seguir y vigilar al indio. Ellos pierden de vista a Juan Diego en el Tepeyac, lugar en el que no puede obrar su mirada persecutoria. Pero lo que informan muestra el modo prejuicioso y despectivo con que ellos tratan a Juan Diego antes de la estampación de Nuestra Señora de Guadalupe, y expresa nítidamente cómo los europeos, casi en su totalidad, se vinculaban con los naturales de América en general.

Los recién llegados, desde su desconfiada mirada y creyéndose superiores, consideraban a los indios como semianimales y fabuladores, como eternos niños que debían subordinarse y someterse a sus designios exclusivistas y excluyentes. En ese contexto los frailes, salvo excepciones, se lamentaban de que no habían sido sistemáticamente eliminados los ancianos indígenas, a los que consideraban pervertidores de los más jóvenes, puesto que les transmitían sus conocimientos y costumbres prehispánicas.

4.3. El tío Juan Bernardino, símbolo del pueblo que custodia el suceso

“[Juan Diego no volvió al Tepeyac el lunes; pues su tío estaba gravemente enfermo, y él se quedó para cuidarlo y procurarle médico. Cuando anocheció ese día, Juan Bernardino, seguro de que ya no se curaría, le rogó a su sobrino que fuera en la madrugada siguiente a buscarle un sacerdote, que lo preparara para bien morir. Así lo hizo Juan Diego, y ante el estado y necesidad de su tío, para que no lo viera y detuviera la Reina del Cielo, para más rápido poder llegar a México y encontrar un sacerdote, dio la vuelta al cerro de las apariciones por camino distinto. Pero la que perfectamente a todas partes está mirando, salió al cruce de su camino, y le preguntó qué le pasaba y a dónde iba.] En cuanto oyó las razones de Juan Diego, le respondió la Piadosa Perfecta Virgen: ‘escucha, ponlo en tu corazón hijo mío el menor, que no es nada lo que espanto, lo que te afligió que no se perturbe tu rostro, tu corazón; no temas esta enfermedad, ni ninguna otra cosa punzante, aflictiva. ¿No estoy aquí, yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa? Que ninguna otra cosa te aflija, te perturbe; que no te apriete con pena la enfermedad de tu tío, porque de ella no morirá por ahora. Tén por cierto que ya está bueno’. (Y luego en aquél mismo momento sanó su tío, como después se supo). Y Juan Diego, cuando oyó la amable palabra, el amable aliento de la Reina del Cielo, muchísimo con ello se consoló,

bien con ello se apaciguó su corazón, y le suplicó que inmediatamente la mandara a ver al Gobernante Obispo, a llevarle algo de señal, de comprobación, para que creyera”.¹⁶

Leímos aquí lo que ocurrió cuando Juan Diego estaba apurado por hacer llegar la ayuda de Dios a su tío Juan Bernardino, que se encontraba moribundo. Los indios consideraban que los ancianos eran los portadores de la verdad que daba vida, hacía crecer y llevaba a madurez al pueblo. “*Colhua*”, “*Colli-hua*”, o “*el que tiene abuelos*” era el equivalente psicológico de “*nelly*” o “*verdadero*”, que equivale a “*el que tiene raíz*”. Particularmente el tío, entre los *mexicas*, era la persona que marcaba la descendencia –como para nosotros hoy lo es el papá–; se lo consideraba la raíz y origen de la comunidad.

Sabemos que la dolencia que lo afectaba, repentina y fulminante, era el sarampión. Una de las tantas pestes traídas por el europeo y para la cual los indios no tenían defensas. En tanto que enfermo y, desde una mirada india, en su aspecto de “*imagen*” del dios, la persona y la situación de Juan Bernardino –reales e históricas– son símbolo, tanto del pueblo indio y su circunstancia, como de aquello que principalmente la ha causado. Su corazón o parte dinámica está segura del fin de su historia; los indígenas quieren dejar de nacer y de vivir, pues se sienten paralizados ante el colapso cultural y el mal integral que les ha provocado el choque con el exclusivismo español. Esta actitud –como ya hemos contemplado– al despreciar toda la antigua religión y sabiduría de los naturales de América, las enseñanzas de sus mayores, que daban base, sostén y sentido a su existencia, sumergía a los indios en una situación de completa desorientación y muerte.

Nuestra Señora de Guadalupe, que siempre está “*mirando perfectamente y muy bien a todos y a todo*”, se interpone en el camino del indio. Sale al cruce de ese dolor mortal, de ese no querer demorarse de Juan Diego por conseguir más rápido un sacerdote que atendiera a su tío moribundo. Ella se interpone a ese apuro que hacía que el indio quisiera evitarla porque no podría satisfacerla, a esa angustia por la que él pretendía “*dar la vuelta al cerro*” y esquivar los ojos de la Virgencita, a su misma persona y a su envío. Ella sale al cruce, precisamente, para modificar la historia, para sanar y salvar al tío Juan Bernardino y a todos los de su raza, librándolos del trauma provocado por la intransigencia e intolerancia europea, devolviéndoles el movimiento y restaurando sus vidas. Sale al

16. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 94-123.

cruce para anunciarles –y anunciarnos– el gozo de que estamos siempre bajo su Amor y protección, y que por eso nada debemos temer.

Es más: veremos más adelante que Nuestra Señora de Guadalupe le concede a Juan Bernardino el importantísimo privilegio de hacerlo también su embajador y mensajero al revelarle, para que lo transmita, tanto su nombre como el de todo el acontecimiento.¹⁷ El acontecimiento guadalupano, que de este modo restablece también el digno y respetable lugar de los ancianos y de la autoridad de su testimonio y palabra, y pasa a ser una de esas raíces vivificantes que ellos enseñaban. De este modo, se expresa claramente que lo enseñado por el viejo tío y por todo el pueblo –que en Juan Bernardino es hecho simbólicamente receptor, custodio y difusor de la visita de Nuestra Madre– sigue teniendo valor para dar forma a la existencia personal y comunitaria y que, incluso en este caso, es también una enseñanza bien recibida por algunos españoles.

4.4. Semicierre, antropología integral e inclusiva

La Madre de Dios y de los hombres –cuya presencia y acción con sus consecuencias son prolongadas por su Sagrada Imagen y sus “Juan Diegos”– une en sí misma, ya al inicio del acontecimiento guadalupano, lo mejor de indios y de españoles. Su persona, que remite a los hijos a su Hijo, es mestiza, racial y axiológicamente; y se caracteriza por un amor gratuito y desbordante hacia todos, tal como son y sea cuales fueren sus circunstancias. Desde su maternidad, Ella considera a los pueblos y seres humanos de forma integral, con sus condicionantes, posibilidades y límites.

Asume la historia y el presente cultural y coyuntural de sus interlocutores individuales o colectivos en cada caso; se identifica con dichas realidades y hacerse una de ellos. Toda su persona y manifestación, siempre centrada en los demás, es así conciliadora, empática, cordial y, en consecuencia, causa de gran cercanía afectiva.

5. Criterios para nuestros acontecimientos, sobre aproximaciones, desarrollos y desenlaces

Momentos estructurales en los hechos fundantes de la visita de Nuestra Madre de Guadalupe en 1531, que nos ayudan a relacionarla con nuestro hoy:

17. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 203-209.

- 1) A lo largo de la historia de las apariciones de María Santísima en el *Tepeyac*, se reproducen y reiteran momentos de aproximación, desarrollo y desenlace que son similares o equivalentes a los que componen la estructura de cualquier hecho evangelizador y/o educativo.
- 2) Situémonos antes del instante cumbre que, como ya hemos desplegado, marca el quiebre o cambio de la historia –el instante en que Ella se pinta en la tilma de Juan Diego–. En el caso de los encuentros de la Virgen con su mensajero, las aproximaciones se caracterizan por acciones de la Señora que realmente hacen muy fácil y agradable el acercamiento y el llegar a estar en su presencia; a tal punto que la Madre, incluso, lo espera o, más aún, se “*cruza*” en el camino de Juan Diego cuando éste la pretende evitar.¹⁸ Por el contrario, cuando se trata de las entrevistas del indio con Zumárraga, el indígena aparece dirigiéndose a la presencia del Obispo pero padeciendo hechos que dificultan su acceso al prelado. Las conversaciones de los desarrollos, parten, en el primer caso, de la confianza en el indio y de escucharlo y entonces la palabra de su interlocutora lo dignifica y da lugar a su despliegue y acción; en el segundo caso, por el contrario, los diálogos tienen su raíz en la sospecha y adquieren un carácter inquisitorial. Así, y como consecuencia de todo lo anterior, los desenlaces son también contradictorios: confiado y feliz se va Juan Diego luego de estar con Nuestra Señora de Guadalupe; abatido y triste tras pasar por el palacio episcopal.
- 3) Esos momentos esenciales adquieren un carácter marcadamente antitético según correspondan a los encuentros de Juan Diego con Nuestra Señora de Guadalupe o a sus entrevistas con Zumárraga, antes de producirse la estampación de Nuestra Madre. Luego de este hecho bisagra de que Ella nos regale su Imagen, las intervenciones del señor obispo y sus cercanos comienzan a tener características análogas o parecidas a las de la Señora. Supliquemos esta misma gracia, a la vez que reflexionamos cómo concretar nuestras mediaciones, para las aproximaciones, desarrollos y desenlaces que dependen de nuestras comunidades y de cada uno de nosotros.

18. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 47, 48 y 105-107.

5.1. *Las flores de Dios, realidad y signo de su salvación y pascua*

“[Y la Reina Celestial mandó a Juan Diego que subiera a la cumbre del Tepeyac, que juntara flores y que volviera a su presencia. Así lo hizo el indio, admirándose de encontrar gran cantidad de variadas y bellas flores, tan fuera de época y lugar; y enseguida bajó, trayendo las que había cortado, en el hueco de su tilma o manta. Ella las tomó con sus tiernas manos, las volvió a poner en el hueco del ayate o tilma de Juan Diego y le dijo:] ‘Mi hijito menor, éstas diversas flores son la prueba, la señal que llevarás al Obispo; de mi parte le dirás que vea en ellas mi deseo, y que por ello realice mi querer, mi voluntad. Y tú... tú que eres mi mensajero... en ti absolutamente se deposita la confianza, y mucho te mando con rigor que nada más a solas, en la presencia del Obispo, extiendas tu ayate, y le enseñes lo que llevas. Y le contarás todo puntualmente, le dirás que te mandé que subieras a la cumbre del cerrito a cortar flores, y cada cosa que viste y admiraste, para que puedas convencer al Gobernante Sacerdote, para que luego ponga lo que está de su parte para que se haga, se levante mi templo que le he pedido’. [Juan Diego, en cuanto Ella le dio este mandato, se fue derecho, contento y tranquilo a ver al obispo; confiado en que todo saldría bien, cuidando las diversas flores preciosas que llevaba y disfrutando de su aroma]”.¹⁹

La intervención Nuestra Madre culmina con preciosas flores o rosas –dos términos que significaban lo mismo en el México del siglo XVI– lo que ha comenzado a realizar y manifestar con los cantos de pájaros sagrados, con lo que señalaba que iniciaba algo sobrenatural y muy positivo. “*Flor y canto*” eran las dos palabras que los indios usaban y usan, asociadas o yuxtapuestas, para expresar y concebir lo verdadero y bueno existente sobre la tierra, aquello que sacia y colma remitiendo a la verdad y bondad por antonomasia, que es la del Ser supremo.

La sequedad y el frío hacían especialmente maravillosas esas flores de Dios en ese sitio y en ese tiempo: en invierno, y donde hay “*riscos, abrojos, huizaches, nopales, mezquites*” decididamente “*no es lugar donde se den flores*”.²⁰ Esto último refuerza el mensaje salvador, si tenemos en cuenta que al mezquite se lo considera el árbol de la muerte, porque se dice en náhuatl “*mizquitl*” y así remite en dicha lengua indígena, por correspondencia de sonido, a “*miquiztli*” o muerte. De este modo, el hecho de que el *Tepeyac* fuera lugar propio de mezquites que luego, por la intervención de Nuestra Señora de Guadalupe, se llena de flores preciosas, es otro detalle que indica también ese asombroso paso de la muerte a la

19. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 124-146.

20. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 132, 133 y 175-177.

vida; paso que hizo dar Ella a los indios al devolverles la fe, y a los españoles, de modo análogo, al hacer que dieran muchos frutos sus esfuerzos evangelizadores.

Para los indios, las flores de Dios, realmente arraigadas y cortadas en la tierra, constituían la realización de la máxima ventura que podía caber al hombre: la comunión efectiva y definitiva con Él y con el mundo divino. Los indios estaban convencidos de que algún sabio noble podía llegar a percibir fugazmente algo de ellas, e incluso a compartir efímeramente esa visión y esas flores, aunque sólo con otros de su misma condición. Pero en este caso y superando lo anterior, la Virgencita las hace crecer en el cerro, manda a Juan Diego que las corte y luego se las acomoda en su tilma; en sus personas y en su vestiduras –la de Ella y la de su mensajero–,²¹ contemplaremos cómo serán la señal para el obispo, al mismo tiempo que las regalarán y ofrecerán, comenzando por los más pobres y sufridos, a todos los habitantes del mundo, sean cuales fueren sus conocimientos y su situación social.

Es así entonces, que a partir de ese mes de diciembre en el que la Virgencita habló a Juan Diego, su primer peregrino, y al tío Juan Bernardino, que los bautismos empiezan a tener entre los pueblos originarios de América un carácter masivo nunca antes alcanzado. Esto llevaba a plenitud los mejores deseos y aspiraciones del trabajo de muchos de los llegados desde Europa, y enaltecía enormemente a los indios.

En el caso de estos últimos, hacía que se percibieran a sí mismos como imitadores, colaboradores y amigos de Dios; pues ellos y sus ancestros, con el esfuerzo de su acción humana siempre fiel, habían favorecido la visita de la Madre y la venida y llegada de Dios, de Aquél que los había creado o merecido con su sacrificio y penitencia. Y nótese que lo afirmado –que predicamos a los pueblos indígenas– desde otro credo, desde su fe católica y romana, también los europeos, igualmente dignificados por Nuestra Señora, pudieron llegar a pensarlo de sí mismos, con análoga o semejante significación, ante el hecho de difundirse más y más la vida cristiana entre los indios.

21. Esto se entiende más, si tenemos en cuenta que tanto “tilma” como “imagen”, significan o refieren a persona. Cf. supra, subtítulo “La Sagrada Imagen, comunión con Dios y visita que continúa”.

5.2. *La Sagrada Imagen, comunión con Dios y visita que continúa*

“[Cuando Juan Diego llegó, todavía oscuro, al palacio episcopal, estuvo esperando muchísimo rato. Ni el portero, ni ninguno de los servidores, comunicaron al prelado que el indio quería verlo. Como el mensajero seguía allí por si era llamado, se le acercaron para ver que traía. Juan Diego un poquito les mostró las flores, y ellos quisieron tomarlas y sacarlas; pero no pudieron, pues veían entonces las flores como pintadas, bordadas o cocidas en la tilma. Inmediatamente fueron a decirle esto al obispo, que en seguida dio orden de que Juan Diego pasara a verlo. El indio entró, se postró, le contó todo lo sucedido y le dijo:] ‘Cuando fui a llegar a la cumbre del cerrito miré que ya era el paraíso. Allí estaban ya perfectas todas las diversas flores preciosas, de lo más fino que hay, llenas de rocío, esplendorosas, de modo que luego las fui a cortar; y me dijo que de su parte te las diera, ya que ya así yo probaría, que vieras la señal que le pedías para realizar su amada voluntad. Y para que aparezca que es verdad mi palabra, mi mensaje, aquí las tienes; hazme favor de recibirlas’. Y luego extendió su blanca tilma, en cuyo hueco había colocado las flores. Y así como cayeron al suelo todas las variadas flores preciosas, luego allí se convirtió en señal, se apareció de repente la Amada Imagen de la Perfecta Virgen Santa María, Madre de Dios, en la forma y figura en que ahora está, en donde ahora es conservada en su amada casita, en su sagrada casita en el Tepeyac, que se llama Guadalupe.”²²

Las flores, por ser manifestación de la presencia y cercanía divina, les resultaban a los indios muy apreciadas y amables, y eran para ellos objeto de mucha gratitud y estima. Así, las arreglaban para contemplarlas, intercambiarlas y acompañar regalos. Es más: pensaban que, a través de la mediación humana, Dios creaba las cosas pintándolas con flores. Nuestra Señora de Guadalupe asume esa estima y modos de proceder, tanto humano como divino según ellos, y se obsequia entre flores. Se estampa, entonces, con y en aquellas flores, que Ella había hecho crecer maravillosamente.

Esas flores o rosas son las mismas que unos momentos antes le han querido arrebatarse a Juan Diego los cercanos a Fray Juan de Zumárraga, reiteradamente y sin éxito, pues de la Sagrada Tilma no pueden tomarlas con sus manos. Dichas flores también, simbolizan y resultan, de este modo, el florecimiento de las buenas raíces de la cultura y religiosidad prehispánica que vivían, conocían y conservaban con fidelidad todos los indios; de esas prácticas y certezas que la Virgencita plenifica haciéndolas brotar y abrir sus corolas, pero con delicadeza, de un modo imperceptible y no hiriente para la teología de los europeos, que querían extirparlas.

22. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 147-184.

Es por eso que las flores, generando la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe y pintadas en Ella, se convierten también, ante el prelado y sus ayudantes, en una señal y prueba de la voluntad de la Virgen y de Dios, que a ellos los hará arrodillarse inmediatamente y con mucha admiración. Esto ocurrió porque nunca comprendieron en ese tiempo que los indios vieron –y ven– en esas flores que la Madre dejó impresas en su vestido, las que siempre habían deseado y que con este acontecimiento les eran entregadas para saciar ese anhelo: resolver sus más profundos cuestionamientos existenciales y hacer continuar su historia. De este modo Nuestra Señora hace de su Imagen saturada de flores un espacio divino, fuente y río de salvación, al que cualquiera que quiera hacerlo, en el momento que sea, podrá acceder al acercarse a su Sagrada Estampa, en la que aún podemos verlas y disfrutarlas.

Si las solas flores crecidas en el cerro ya habrían parecido a cualquier indio el “*non plus ultra*” concebible del favor divino, con la estampación quedaron amplísimamente superadas, pues Dios les había otorgado una señal infinitamente mejor y más contundente: ¡la Imagen de su Madre pintada en la tilma de uno de ellos! Es que la imagen no era para los indios un mero recuerdo de alguien, sino su continuidad y viva prolongación; a su vez, la tilma también era símbolo de un sujeto o individuo. La fusión de tilma e Imagen –si tenemos en cuenta entonces que ambas realidades son símbolo y sacramento de la persona– se constituye en una magistral adaptación a la cultura india, y expresa comunión de un modo mucho más vehemente que las solas flores. Expresa comunión con Dios a quienes eran muy sensibles respecto de lograr una unión permanente con la divinidad y de ser siempre sus colaboradores y, más aún, sus familiares. A la luz de todo lo considerado, vemos cómo la intervención de la Virgencita se asocia entonces a un acto salvador o creador de Dios, de cuya cercanía y presencia no deja ningún tipo de duda.

Al mismo tiempo podemos comprobar cómo la totalidad de la Preciosa Imagen de Nuestra Señora, su misma persona, es diálogo y mestizaje entre etnias y humanidades diferentes. Rezando con las manos juntas, a modo español, pero también a punto de iniciar una danza, que es para los indios la máxima forma de reverenciar a Dios; su rostro es mezcla de razas, revelándose Madre de todos asume –eso sí– el color de sus hijos más humillados de ese momento. Es que en ese entonces ya había una gran cantidad de niñas y niños de padre español y madre india, frutos en su mayoría de violaciones, que crecían rechazados y abandonados por sus progenitores.

Rostro moreno entonces, que al mismo tiempo que consuela, nos desafía a ser colaboradores del parto, nacimiento y crecimiento de un nuevo pueblo sin excluidos. Cara amable, que con su misericordiosa mirada de perfil, de sumo respeto, delicadeza y autoridad, nos sigue provocando a edificar un mundo mejor, en el que todos podamos tener un lugar, del que nadie se quede afuera.

5.3. El milagro guadalupano, madurez y armonía comunitaria y personal

“Y en cuanto la vió [a la Amada Imagen de la Perfecta Virgen Santa María, Madre de Dios] el Obispo Gobernante y todos los que allí estaban, se arrodillaron, mucho la admiraron, se pusieron de pie para verla, se entristecieron, se afligieron, suspenso el corazón, el pensamiento... Y el Obispo Gobernante con llanto, con tristeza, le rogó, le pidió perdón por no luego haber realizado su voluntad, su venerable aliento, su venerable palabra. Y cuando se puso de pie, desató el cuello de donde estaba atada la vestidura, la tilma de Juan Diego en la que se apareció, en donde se convirtió en señal de la Reina Celestial.

[Y luego la fue a llevar a su oratorio. Además, hizo quedar a Juan Diego en su palacio y, al día siguiente, le pidió les mostrara dónde la Reina del Cielo quería su templo. De inmediato, se ofreció gente para levantarlo y luego de que el indio les mostró el lugar para su edificación, solicitó permiso para ir a ver a su tío. No lo dejaron ir solo y, al llegar, vieron que Juan Bernardino estaba bien. Este, por su parte, mucho admiró que su sobrino viniera tan acompañado y honrado, y le preguntó por qué eso ocurría. Juan Diego le refirió lo sucedido; su tío, le dijo que Ella también a él se le había aparecido y que lo había sanado. Es más, que la Señora lo había hecho, en el preciso momento en que había anunciado su curación en el Tepeyac. Y que también a él, la Reina del Cielo, lo había enviado a ver al obispo, para contarle todo la que había experimentado al recuperar su salud de manera maravillosa, y para decirle que bien se nombraría, a su Amada Imagen, la Perfecta Virgen Santa María de Guadalupe.]

Y luego trajeron a Juan Bernardino a la presencia del Gobernante Obispo, lo trajeron a hablar con él, a dar testimonio, y junto con su sobrino Juan Diego, los hospedó en su casa el Obispo unos cuantos días, en tanto que se levantó la casita sagrada de la Niña Reina allá en el Tepeyac, donde se hizo ver de Juan Diego”.²³

Nuestra Señora de Guadalupe moldea en americanos y europeos modos de ser comunitarios y personalidades más plenas, maduras y armónicas, cambia milagrosamente la finalidad de sus vinculaciones y engendra o concibe una nueva y común identidad, aún en proyecto.

23. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 185-211.

La Virgencita es también presentada, de este modo, como madre y educadora, que además de vivificar y reanimar a todos sus hijos, de colaborar con su salud y movimiento, los orienta a alcanzar el ideal de la educación del pueblo indio: tener, como ser colectivo y singular, “*un rostro sabio y un corazón de piedra*”. Es decir: llegar a vivir siendo capaces de asumir el tiempo presente y sus novedades, en la permanente fidelidad a los conocimientos y creencias ancestrales, con una movilidad o vida enraizada en una voluntad firmemente anclada en el bien y en la verdad, para buscar de esta manera un futuro mejor y compartido, con mucha decisión.

La evangelizadora de América educa entonces a los que están bajo su sombra y resguardo bajo su Amor y Mirada Misericordiosa, modificando sus decisiones y conocimientos. Ella, con la colaboración de Juan Diego, dignifica y acredita a cada uno delante de los demás, y hace que sus existencias se unan e integren.

Luego de su estampación o aparición en su Sagrada Imagen, de un modo inmediato aunque sin producir saltos bruscos, la Virgen suscita que todos los protagonistas del suceso inicial de su visita, cambien sus actitudes de modo asombroso y revolucionario. Sin que haya solución de continuidad con los modos previos de ser y de relacionarse de sus hijos, la intervención de la Madre introduce con suavidad novedades y produce, entre los que se vinculan en el acontecimiento, acercamientos y convivencias impensadas desde sus solas fuerzas humanas. Lleva a modificar conductas nocivas en el caso de haberlas, y a que la existencia y movimientos de todos puedan continuar, en los hechos, sin desechar las realidades fundamentales de ninguno de los otros. En consecuencia, son sustanciales los cambios que causa la estampación, como ya expresamos sintéticamente, en las relaciones sociales de ese entonces.

Sólo para ejemplificar lo afirmado, explicitamos que al mandar la Niña Celestial que sólo al obispo se entregue su señal y mensaje, él se convierte en el dueño de la Imagen guadalupana y, por lo mismo, en alguien a quien, aún cuando los había hecho o hiciera sufrir, los indios tenían ya que obedecer y seguir.²⁴ Es que ante ellos, acostumbrados a padecer en favor de los intereses divinos, es presentado como uno de esos sacerdotes prehispánicos o guías confiables, que estaban a cargo de las pinturas y conocimientos sagrados, sin los cuales no podían concebir su existencia. Guía que, sin darse cuenta de esa autoridad con que el Sagra-

24. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículo 140.

do Códice de la Señora lo había investido a ojos indígenas, primero recibió el precioso don en el oratorio de su palacio; luego lo puso en la Iglesia Mayor de la ciudad (al tiempo Iglesia Catedral) y, a los pocos días, lo acompañó hasta su casita del *Tepeyac*.

También Juan Diego es constituido por la Virgen de Guadalupe, al igual que el purpurado, en una autoridad moral de máxima jerarquía y prestigio ilimitado al hacerlo no el dueño aunque sí el portador de su Estampa. Lo equipara a aquellos que, antes de la llegada del español, cargaban las imágenes y eran por ello tan venerados que se les llamaba “*padres y madres de Dios*”. Lo acredita como a uno de esos sabios que, llevando los códices, presidían toda importante empresa o peregrinación.

De esta manera, ya en el resto de los días de su mensajero sobre la tierra, María cumplió con la promesa de glorificar al primer indio santo, para agradecerle todo su servicio y esfuerzo de obediencia, ya tan dignificante de por sí. Vemos entonces cómo Ella no sólo lo sacó del abatimiento e insignificancia, sino que además lo colmó de plenitud al hacerlo testigo, difusor, servidor e imitador de su amoroso proceder. Amoroso proceder que él seguirá custodiando y compartiendo con los peregrinos al *Tepeyac* al tener su casa junto a la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe; al ser entonces el encargado de cuidar tanto el templo como la Sagrada Imagen, tarea que era asimismo muy valorada y enaltecida en la sociedad indígena.

5.4. Advenimiento de Dios y su Luz, nacimiento y oración de un nuevo pueblo

“Y el Señor Obispo trasladó a la Iglesia Mayor la amada Imagen de la Amada Niña Celestial. La vino a sacar de su palacio, de su oratorio en donde estaba para que todos la vieran, la admiraran, su amada Imagen. Y absolutamente toda esta Ciudad, sin faltar nadie, se estremeció cuando vino a ver, a admirar su preciosa Imagen. Venían a reconocer su carácter divino. Venían a presentarle sus plegarias. Muchos admiraron en qué milagrosa manera se había aparecido, puesto que absolutamente ningún hombre de la tierra pintó su amada Imagen”.²⁵

Nuestra Señora de Guadalupe provocó maternalmente, con sus apariciones del año 1531, la continuación de la larga y ancestral peregrinación de los *mexicas*, expresión de sus raíces históricas y de su ser, pero con

25. Cf. ROJAS SÁNCHEZ, *Nican mopohua*, versículos 212-218.

la novedad de unirla y asociarla con la de los nuevos habitantes llegados a su ciudad, a su mundo.

La Virgen del *Tepeyac*, Madre de todos, suscita y muestra a los indios el advenimiento o llegada de Dios que los hace superar el sentimiento de orfandad sobrenatural que los sumía en la muerte. De este modo, a la vez y por lo mismo, al devolverles la fe y la vida o movimiento, animó su pervivencia en el mestizaje de lo de ellos con lo de los europeos, sanado en Ella sus aspectos traumáticos. Al mismo tiempo enriqueció también, aunque de una forma imperceptible para los españoles, lo que estos traían con lo de los indígenas.

De esta forma, la Preciosa Imagen, al mismo tiempo que afirmó y mejoró las culturas y religiosidades de indígenas y de españoles, a la vez tan distintas y convergentes, se convirtió en su meta y punto de encuentro, en el sentido y orientación de su caminar y oración. Así comenzó transformando el doloroso choque de dos mundos en posibilidad de gozoso encuentro, de dar a luz a un México distinto.

Con su Acción y Pintura, Iconos de un inédito mundo enraizado en lo anterior de sus padres europeos y madres indias, comenzó Nuestra Señora de Guadalupe a parir desde el Amor a ese pueblo que hoy, casi cinco siglos después, está en el umbral de aceptarse y reconocerse como tal. Su Imagen y ermita del *Tepeyac* se erigieron entonces —y lo siguen siendo— en el antiguo y original lugar hacia el cual ir, el rumbo y sitio donde se encuentran para siempre el don de Dios y los esfuerzos de los hombres.

“*Flor y Canto*” de felicidad permanente y señal cumplida: la Virgen Morena, asumiendo en sí misma las tradiciones de sus interlocutores y abriéndolas a lo diferente, se erigió en su único destino o tonalli, es decir, en la fuente de vida, de energía, de luz y de calor de todos ellos. Trayendo al que es el Día por sí mismo en su seno, Ella marcaba el amanecer y comienzo de un nuevo período del cosmos y del movimiento de los seres humanos. Nuestra Madre se convirtió entonces en la matriz y el núcleo en torno al cual habría de originarse y gravitar la esencia misma y la historia posterior de todos los habitantes del lugar. A tal punto, que tanto ellos como sus descendientes no podrán ya jamás concebir su vida sin referencia al acontecimiento guadalupano.

Para la mentalidad de los indígenas, muy dispuestos a levantar templos, la construcción de uno, por más pobre que fuera, se identificaba con la fundación de una nación. Es así como con la edificación de la ermita de Nuestra Señora comenzaba a fraguarse también el nacimiento de otra socie-

dad. Y es por todo lo anterior que su Imagen y su Casita Sagrada logran unir a las mujeres y los hombres de ese tiempo, poniéndolos en camino de crecer como un nuevo pueblo o templo, a la vez material y espiritual.

Ocurre también, reforzando lo ya explicitado, que si bien la ermita es de Ella, que la pide y la promueve, no es para Ella, sino para mostrar a su Hijo y para restauración y gloria de los hijos, de todos aquéllos –sea cual fuere su origen– a quienes se concede el honor de colaborar en su construcción y epifanía. Y en nuestros días, cada vez más grandes multitudes vienen a admirar a Nuestra Señora de Guadalupe, a estremecerse ante su Imagen y a rezarle, a contemplarla y presentarle sus plegarias en su Casa del *Tepeyac*.

Ya para el año 1556, concurrían muchísimas personas de diferentes razas y condiciones. Esa devoción y masiva concurrencia, el peregrinar y el constante e ininterrumpido aumento de la popularidad de la Amada Niña Celestial, están acreditados por numerosísimas fuentes históricas pero, sobre todo, por la memoria viva de los hijos que Ella hizo y sigue haciendo nacer. La primera ermita inicia así la serie de cada vez más amplios templos, que se han construido sucesivamente para albergar a su Preciosa Pintura y a ese pueblo siempre creciente y educado por Nuestra Madre.

5.5. Semicierre, teleología comprometida con la historia y abierta a lo trascendente

En coherencia con todo lo explicitado anteriormente, en el nivel teleológico, vemos cómo Nuestra Señora de Guadalupe llena de vida y felicidad a todos. Concreta el advenimiento de Dios al transformarse Ella misma en una nueva meta común o sentido compartido que, mostrando y remitiendo a su Hijo, colma los anhelos más profundos de los cuestionamientos existenciales y creencias de sus interlocutores.

Así Ella, con lo mejor de dos culturas y transformándose en parte esencial de su ser y trayecto histórico, se constituye en la matriz de un nuevo pueblo y moviliza a darlo a luz y construirlo, cambiando la percepción y valoración que tienen los miembros de una y otra. Haciendo que se vean y traten mejor, conduce a superar actitudes nocivas de incompreensión, y suscita entre ellos mejores interrelaciones, que integran y ponen en tensión hacia la búsqueda de un futuro común.

Nuestra Señora de Guadalupe, cambiando pensamientos y decisiones, desencadena comportamientos superadores, y pone a todos en camino de unir sus movimientos y peregrinaciones, y de alcanzar una pleni-

tud y madurez colectiva y personal. Su intervención genera estructuras de convivencia más solidarias y un proceder comunitario, humanizando el encuentro de dos mundos que, valga la contradicción, no podían dejar de desencontrarse.

6. Santa María de Guadalupe y sus “*Juan Diegos*”, ejemplo y posibilidad de evangelización perfectamente inculturada

Teniendo en cuenta esta hermenéutica que hemos propuesto del *Nican mopohua*, considerando sentidos originarios, estructurándolos e incentivando la toma de decisiones para nuestro hoy, pretendemos motivarnos a encarnar la posibilidad concreta y el modelo que nos revela María Santísima, ayudada por su santo vidente y mensajero, el indio Juan Diego, y por todos sus demás mensajeros o “*Juan Diegos*” de ayer y de ahora. Recapitulando, sintetizando y profundizando nuestra reflexión, y centrándonos aún más en lo esencial del modelo pedagógico de Nuestra Señora de Guadalupe, tan oportuno y útil en la búsqueda de un mundo más fraterno y de un servicio evangelizador inculturado e inculturante, puntualizamos lo siguiente:

1) Las acciones que narra el *Nican mopohua* responden a dos modos de ser Iglesia y de evangelizar que concretan dos pedagogías distintas: una parte de una concepción del ser humano que separa a los pueblos y personas, hace complicada su interrelación y produce tristeza; la otra, la guadalupana, que se termina imponiendo y resulta el de todos los que se relacionan con Nuestra Madre en 1531, haciéndonos sus embajadores o mensajeros nos desafía también hoy, a considerar y ver a los pueblos, a las mujeres y a los hombres, de un modo que favorezcamos el encuentro de los protagonistas colectivos y singulares de la evangelización, su interacción en el diálogo y la corresponsabilidad, y la felicidad histórica y eterna de los mismos.

Nuestra Señora de Guadalupe se presenta y contagia a los demás un ser, un proceder y una aspiración que asumen los diferentes pasados de sus interlocutores, los relea sin traicionarlos, armonizándolos y mestizándolos en el presente, poniéndolos al servicio de la construcción conjunta de un nuevo destino humano-divino. Ella nos enseña así a asumir cualquier realidad humana sin asustarnos de ninguna, para aprender de ellas y, en respuesta a sus necesidades profundas y circunstanciales, presentar nuestro mensaje para colaborar a su plenitud. Ayuda a abrir cultu-

ras e individuos a lo diferente, a mejorar sus interrelaciones y a su beneficio mutuo y global. Los anima, en la felicidad y confianza en el amor trascendente de Dios, a construir, de esa forma, un mundo sin excluidos.

2) En general, bien sea que consideremos la dimensión metodológica, antropológica o teleológica de la pedagogía que plasma la intervención o visita de María Santísima, descubrimos que toma lo que está ocurriendo y los anhelos e interrogantes de sus interlocutores como camino de sentido al educar, y concreta una transmisión salvadora o sanadora. En la continuidad con lo anterior, Ella introduce novedades superadoras que son bien recibidas por todos y modifican la situación general y personal de sus interlocutores, acercándolos. Provoca, en la fusión de aspectos de todos, un paso que va desde la incomunicación al diálogo, de un choque traumático a un encuentro gozoso entre distintos, del prejuicio que arremete y descalifica al otro, a una peregrinación en la cual coinciden y van hacia un mismo destino. Ella causa que pueblos e individuos se afirmen o reconozcan en relación por la mediación de los diferentes y no por su eliminación.

Logra lo anterior porque vive su poder como servicio y donación, sin miedos de ningún tipo. Se pone y pone al servicio, de acuerdo a la Bondad de Dios y no según criterios mezquinos ni de mera justicia, la presencia y tesoros del Salvador. Y lo hace sin descuidar a ningún ser colectivo o personal, pero desde el rostro y el lugar de los más pobres, angustiados y desamparados; siendo Madre universal, pero cuidando especialmente y con más pronta solicitud, como lo hace cualquier buena mamá, a los hijos que la están pasando peor o que son menos valorados o queridos por sus hermanos. Plasma entonces un modelo eclesial sumamente materno y misericordioso, que aún nos desafía a escandalizar por abrir la mano y no por cerrarla, que nos mueve a salir al cruce de los pasos de los pueblos e individuos no para reprochar, sino para dar sin límite y favoreciendo el despliegue de todos y cada uno. Para que, de esta forma, fecundando y curando dolores, nadie se quede afuera de la fiesta de la vida.

3) El acontecimiento guadalupano nos revela cómo poder encarnar el Evangelio en cada comunidad, de qué manera recibir y llevar la Palabra de Dios, suscitando su encuentro e intercompetración con los corazones comunitarios y personales, dando lugar a su mutuo enriquecimiento, a la inculturación de la fe por el protagonismo de los pueblos e individuos. Para que cada cultura, dejándose fecundar, armonizar y orientar por la buena noticia, viva y celebre, desde su peculiar raíz, memoria o tradición, al único y trascendente misterio de Cristo. Para que

todos y cada uno de los pueblos, desde sus identidades y particularidades, puedan hacer presente y expresar en la historia, sinfónicamente, todo lo que el Amor de Dios y su designio salvador nos quieren regalar.

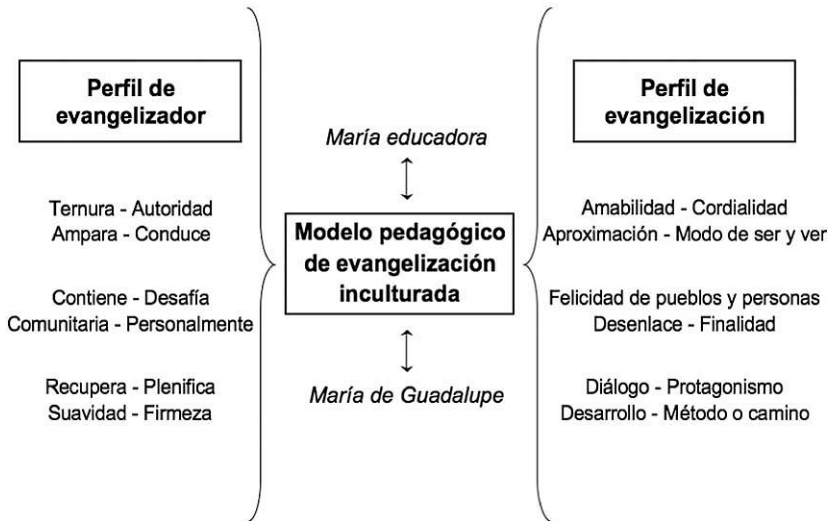
Ella nos abre, en suma, a la posibilidad de reconocernos y tratarnos como miembros del único, pluricultural Pueblo de Dios. Y más allá de los límites visibles de este último nos hace capaces, además, de protagonizar realidades sociales multicolores, haciendo del mundo un verdadero hogar. Tesoro incalculable, auténtica prueba y posibilidad concreta, ante toda violencia e inseguridad, “[...] *de que, bajo el amparo de la materna ternura del amor de Dios, todos somos hermanos y todos, por encontradas que sean nuestras posturas o culturas, podemos y debemos llegar a ser una familia -con todos los problemas que suele haber en ellas- pero familia, es decir hermanos solidarios y no enemigos mortales*”.²⁶

Que recreándonos en Nuestra Madre de Guadalupe y en su visita, seamos como San Juan Diego y vivamos la pedagogía guadalupana con nuestros hechos o acontecimientos; para que el *Tepeyac*, la anticipación del cielo en la tierra, la dialogante y fecunda hermandad universal, se agrande más en nuestra actualidad; experimentando una verdadera pluralidad, en la que cada pueblo y persona pueda disfrutar, transmitir y compartir generosamente lo que es y tiene.

7. Conclusión

Nuestra Señora de Guadalupe, ayudada por sus “*Juan Diegos*”, nos impulsa a edificar juntos hoy, en la cordialidad con todos y abiertos a su consumación en la eternidad, un destino común, de paz y vida plena. En relación con la misión de la Iglesia Católica, se revela como un paradigma de evangelizadora inculturante y de evangelización inculturada. El modo de ser de Ella, la finalidad que busca y el medio que utiliza para alcanzarla, armonizan e integran dualidades complementarias, muy iluminadoras y orientadoras, para que hoy podamos colaborar a la salvación y bienaventuranza de todos, siendo amables y sembrando caminos de generalizado diálogo y protagonismo.

26. DIEGO MONROY PONCE, “Mensaje del Rector”, *Boletín Guadalupano, Información del Tepeyac para los Pueblos de México* (Revista de la Insigne y Nacional Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe) 72 (2006) 3.



Que nuestras comunidades y personas integren ternura que contenga y autoridad que gobierne, para que así nuestro servicio dignifique y desafíe a madurar integralmente, con una actitud y mensaje a la vez suave y firme, que recupere y conduzca a plenificar lo propio de todos y de cada uno, es el perfil de evangelizador encarnado por Nuestra Madre, y que Ella nos anima a vivir.²⁷

Que la Virgen que mestiza a la humanidad toda –a la vez mexicana y universal– y sus mensajeros nos contagien o impregnen ese modo de hacerse presente y de actuar que superó todas las actitudes terrenas de hacer casi cinco siglos que recién comenzamos a comprender, y que Juan Pablo II nos propuso como modelo para ser Pueblo de Dios.²⁸

LEANDRO CHITARRONI

30.08.09 / 30.09.09

27. Cf. DP 290.

28. Cf. *Ecclesia in America* 11 y 70.